

Entretanto Galba, ocupado en sus sacrificios, fatigaba con sus ruegos á los dioses de un imperio que ya no le pertenecía. Cuando la nueva delo que pasaba llegó al palacio, arengó Pisón á la cohorte de guardia, que al parecer hubo de escucharlo; pero las demás tropas rechazaron hostilmente á los mensajeros que les enviaron, y la legión de los soldados de marina se pasó al campo de los pretorianos, quedando sólo fiel una cohorte germana.

Pero momentáneamente corre la noticia de que ha muerto Otón, y los senadores y caballeros, poco antes temerosos y mudos, acuden cerca de Galba, le ofrecen sus servicios, deploran que se haya arrebatado á su justicia un gran culpable y deciden al emperador á salir de palacio, donde se disponía á hacerse fuerte y defenderse.

En efecto, Galba tomó una litera y avanzó por en medio de las oleadas del pueblo que asistía á esta tragedia de aun



Otón (Busto del Vaticano, sala de Bustos, núm. 286)

imprevisto desenlace, y avanzaba inquieto y «silencioso como en las grandes iras ó en los grandes terrores.»

Luego se presentó un soldado con la espada ensangrentada y jactándose de haber degollado á Otón. «¿Quién te ha dado semejante orden?» le preguntó en son de enojo el severo anciano.

Pero Otón no había muerto: los pretorianos lo habían puesto entre las águilas, en el mismo tribunal, de donde precipitaron abajo la dorada estatua de Galba, y la rodeaban protegiendo su vida sin permitir que se le acercara ningún tribuno ni centurión. A medida que llegaba un soldado, se apoderaban de él, lo abrazaban, lo conducían á los estandartes y le dictaban la fórmula del juramento, recomendando alternativamente los soldados al emperador y el emperador á los soldados. Otón por su parte, tendía las manos hacia la multitud y le enviaba ósculos, y añade Tácito: *omnia serviliter pro dominatione*, todas las bajezas por el poder; palabras profundas y siempre verdaderas.

Cuando la concurrencia fué bastante numerosa, tomó Otón la palabra y habló: el fondo de su arenga fué que no conservaría el poder sino mientras ellos quisieran dejárselo. Después abrió los depósitos de armas y aquella multitud salió tumultuosamente del campamento.

Luego que la cohorte que precedía á Galba la descubrió, el porta-estandarte arrancó la imagen del emperador y la arrojó al suelo, siendo esta la señal de la defección. Algunos dardos lanzados al aire dispersaron rápidamente la multitud, quedando el Foro desierto en un instante; y cargados entonces por algunos jinetes los que llevaban á Galba, dejaron caer la litera y rodó por tierra el emperador.

Se le ha hecho hablar diversamente en el momento de su muerte: según unos hubo de preguntar con voz suplicante qué mal había hecho, y prometió pagar el donativo dentro de algunos días; según otros, el mayor número, presentó con valor la cabeza á los asesinos exhortándolos á herir, si era en bien de la república.

Un soldado le hundió la espada en la garganta, y los demás cayeron sobre el cadáver y lo despedazaron.

Tácito lo pinta en pocas palabras: «Superior á la condición privada, mientras permaneció en ella, y á juicio de todos, digno del imperio, si no hubiera sido emperador.»

Pisón se salvó de los primeros furores de los asaltantes por la abnegación de un centurión que se interpuso atrayendo sobre sí las iras y los golpes, y se escondió en el templo de Vesta, donde muy pronto dieron con él y lo asesinaron, habiendo caído Vinio antes que él á manos de otros asesinos. Las tres cabezas clavadas en sendas lanzas y llevadas triunfalmente entre los estandartes de las cohortes y el águila de la legión fueron paseadas por toda Roma (15 enero 69). Más tarde, hubo de encontrar Vitelio los memoriales de ciento veinte individuos que reclamaban el precio de la sangre y los hizo morir á todos (1).

Pisón había sido cuatro días emperador y Galba siete meses, Otón reinará ochenta y ocho días.

II. — Otón.

Otón que descendía de una antiquísima familia etrusca de Ferentino, llegaba al imperio con mala fama. El populacho creía encontrar en él á Nerón y lo saludaba con el nombre de este mismo príncipe. Dejó que se levantaran sus derribadas estatuas, restableció en sus cargos á sus mayordomos ó administradores y destinó cincuenta millones de sestercios para acabar la fastuosa Casa de oro. Puesto que había dado muerte á Galba, parecía una necesidad en él honrar la memoria de aquel á quien vengara al parecer. En Lusitania se había conducido con moderación por espacio de diez años; y en Roma fueron loables sus primeros actos. Dejó que los pretorianos eligieran sus prefectos y dieran á Sabino, hermano de Vespasiano, la prefectura de Roma, es decir que pusieran la mano en el gobierno civil; pero contuvo su ardoroso afán de sangre y pillaje, sin abandonarles más que los tres favoritos ó ministros de su predecesor. Quisieron á todo trance dar muerte á Mario Celso, cónsul designado y uno de los más celosos partidarios de Galba, y Otón, para salvarlo, aparentó grande enojo contra él haciéndolo cargar de cadenas, pero algunos días después, le dió un mando importante y lo puso en el número de sus mejores amigos.

Los soldados exigían la supresión de los derechos que pagaban por las licencias á los centuriones: Otón los conservó, pero los relevó de este gravamen cargándolo al fisco. «Temperamento prudente, dice Tácito, que conservaron los buenos príncipes.» En el senado habían hablado muchos contra él; pero Otón lo olvidó todo al parecer: sólo

(1) Tácito, *Hist.* I, 41. Cf. Suetonio y Plutarco, *Vida de Galba*. Dion (LXIV, 6) dice que perecieron muchos con Galba, *ἄλλοι συγχύοι*. No nos parece probable.

concedió al odio público la condenación de Tigelino, que murió cobardemente.

No tuvo tiempo de hacer más, porque ya tenía un competidor. Después de la muerte de Fonteyo Cábito, había enviado Galba á las legiones de la baja Germania un nuevo general, poco ó nada recomendable, Vitelio. Era de familia oscura, lo cual no obstó para que los genealogistas lo hicieran descender de Fauno, rey de los aborígenes, y de una deidad sabina de nombre Vitelia. Ello es cierto que de sus ascendientes no se conocía arriba de su abuelo, caballero romano de Nuceria y procurador de Augusto; pero su padre había sido censor, y en tiempo de Claudio fué hombre de cuenta y vivió en son de personaje.

En cuanto al hijo, criado en Capri, cerca de Tiberio, y favorito de Cayo Calígula, no había estrenado sus armas en cosa de guerra; y de los dos grandes empleos que debiera á tan valiosos arrimos, el proconsulado de Africa y la intendencia de obras públicas, salió bien mancillado, sino del primero, del segundo de estos cargos, pues según decían hasta había sustraído las ofrendas de los templos de Roma poniendo viles metales donde los había preciosos.

Con eso y todo, no llegó á restablecer su hacienda malrotada por sus vicios y desórdenes. Suetonio dice de él que envenenó á su propio hijo por la codicia de heredarlo. Sus acreedores lo seguían y perseguían por todas partes, sin dejarlo á sol ni á sombra, y como el mismo Otón, no tenía más refugio que el imperio. Vinio, cuyo valimiento se había granjeado favoreciendo en el Circo la facción de los llamados *azules*, hubo de proponerlo al príncipe para el mando de las inquietas legiones de la baja Germania; y sus formas populacheras, sus prodigalidades, y sobre todo el olvido de todas las reglas de la disciplina y del mando, muy presto le valieron el favor de los soldados.

Hemos visto, sin embargo, que por las antiguas legiones de Verginio comenzó el gran movimiento, pero que no proclamaron ellas emperador. No es que fueran republicanas, no: bien habían probado en la jornada de *Vesontio* que les tenía cuenta conservar al frente del gobierno un caudillo militar, que por muchas razones halagaba más al ejército que una asamblea de viejos políticos. Pero en su campo no tenían un jefe á cuyos hombros pudieran arrojar la púrpura. Su comandante Hordeonio era un viejo, que tenía harto que hacer con su gota, y esperando que apareciera un caudillo hábil, negaban su obediencia al otro viejo del Palatino, que les parecía no ser emperador sino del senado.

El legado de una de las legiones de la baja Germania, Valente, había dado muerte á Cábito, acaso para quitarse de delante un peligroso testigo de las malogradas intrigas. Creíase mal recompensado de este servicio y excitaba á Vitelio á aprovechar la ocasión que se le ofrecía. El general arruinado vaciló al principio, pero no después cuando supo que las legiones acantonadas en Maguncia habían roto las imágenes de Galba. «Es preciso, dijo á sus soldados, ó marchar en son de guerra contra nuestros camaradas, ó elegir otro príncipe.»

Valente contestó proclamando á Vitelio emperador; y otro legado, á quien Galba perseguía por exacciones fraudulentas, Cecina, arrastró fácilmente al ejército de la alta Germania á reconocer esta elección. El de Breña siguió este ejemplo, imitado luego por la 1.^a Itálica acampada en Lyon. Eran en total once legiones, más de una tercera parte de las fuerzas del imperio, y precisamente las más aguerridas y famosas las tropas que se sublevaban.

Dejóse á los soldados más viejos (*senes*) y á los auxiliares en los campamentos para que no se dijera que se aban-

donaba la frontera á los bárbaros, y de la masa de tropas activas se hicieron tres ejércitos: uno de cuarenta mil hombres, al mando de Valente, partió para entrar en Italia por los Alpes Cotianos; otro de treinta mil, mandado por Cecina, se propuso franquear los Alpes Peninos, y Vitelio debía seguirlos con el resto de la fuerza.

Los germanos y los belgas se aprestaron de buen grado á suministrar auxiliares, y Colonia, Langres y Tréveris ofrecieron hombres, caballos, armas y dinero. El ardimiento era general, como si la Galia Bélgica fuera á recobrar su libertad; y el mismo entusiasmo alentaba á los soldados, que para proveer la caja militar allegaban sus pagas y armas de lujo, y querían partir, á pesar del invierno, y pasar las montañas rompiendo los hielos. ¡Parecía Italia tan rica!... Ella era el botín prometido, y de paso se entraría la Galia á saco.

Y en marcha estaban ya los ejércitos, cuando se supo el advenimiento de Otón. Sublevados contra Galba, con-



Galba laureado (1)

tinuaron adelante en son de guerra contra su sucesor. ¿Qué importaba el motivo de la guerra? Lo que se quería era la guerra misma. Los dos príncipes cambiaron al principio palabras de paz, después cruzaron amenazas y acabaron por enviarse asesinos mutuamente.

Otón, dueño de Italia y de Africa y reconocido por las legiones de Oriente y del Ilírico, gobernaba á Roma como en plena paz, y sin violencia, preparándose á la vez para la guerra con la mayor actividad. Confirmaba en sus cargos á los que habían tenido el favor de Nerón y de Galba, devolvía sus honores á los desterrados, dejaba en su puesto á L. Vitelio, hermano de su rival, y se limitaba á relegar á Aquino Cornelio Dolabela, considerado por muchos como un pretendiente ó aspirante al imperio. Para granjearse la buena voluntad de las provincias compartía el consulado entre Verginio y Vopisco, noble vienés; daba el derecho *civitatis* á los lingones; nuevos colonos á Híspalis y Emérita, privilegios al Africa y á Capadocia, y extendía en fin á la Mauritania la jurisdicción de la Bética, lo que era un castigo para la una y un honor para la otra. Hasta podía preciarse de una victoria sobre los enemigos del Estado: nueve mil jinetes roxolanos que habían invadido la Mesia, habían sido exterminados sin quedar uno á vida, y acababa

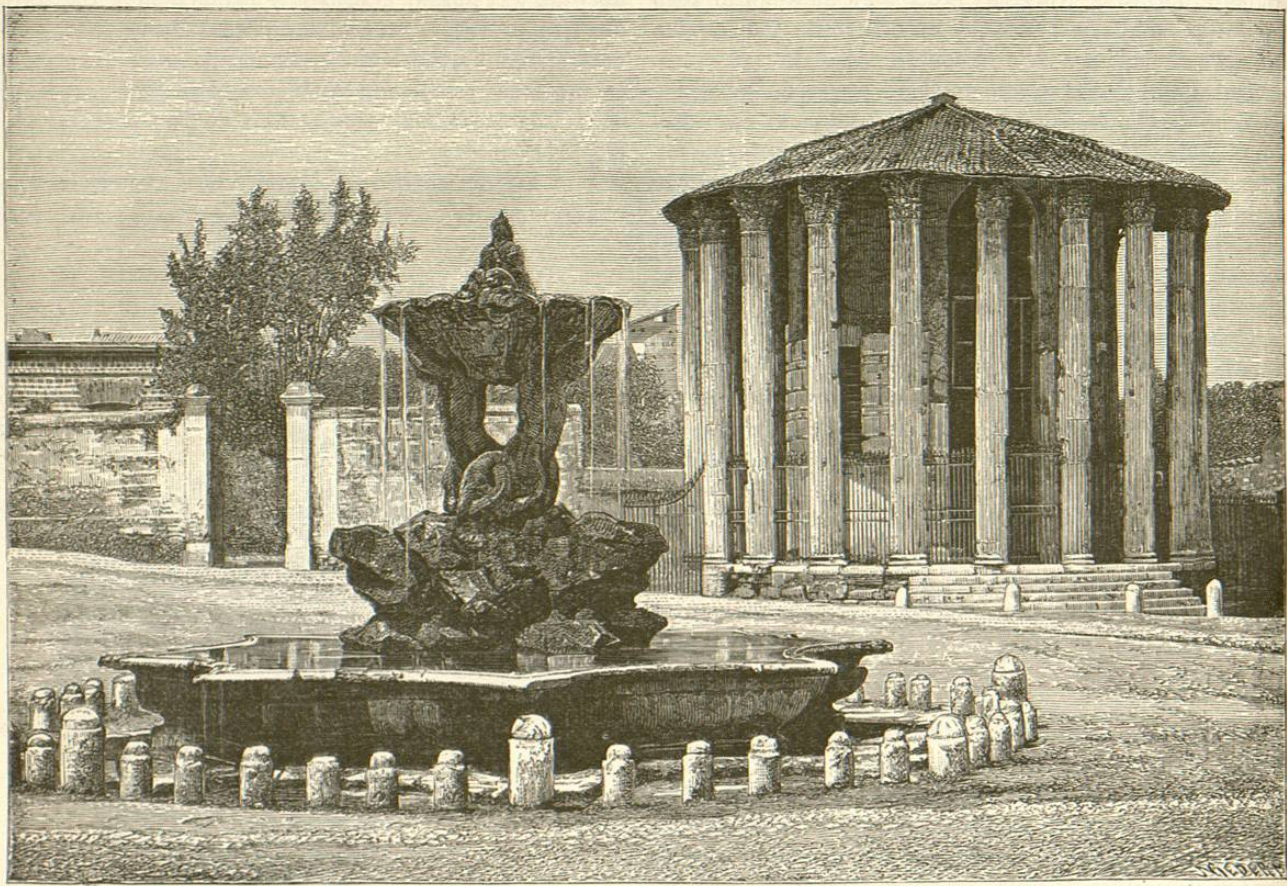
(1) Piedra grabada del Gabinete de Francia, núm. 2086. Sardónica de tres capas de 29 milim. por 22.

de sofocar una sedición de los pretorianos, que, por lo demás, no iba contra él.

En efecto, creyéndolo amenazado por los senadores, habían corrido en armas á su palacio, vociferando en el sentido de que no habría seguridad para él en tanto que existiera el senado. Este tumulto le ofreció buena ocasión de hacer un magnífico elogio de «aquella grande asamblea que se había mantenido desde los reyes hasta los emperadores, como un cuerpo indestructible, inmortal, que debían

transmitir á sus descendientes, como lo habían recibido de sus padres.»

A Otón, pues, cumplía recordar la ley á aquella desordenada y atentatoria soldadesca y ponderarle la alteza y prestancia del senado; por desgracia había comprado muy cara la venia de hablar con esta moderación haciendo á los soldados un donativo de 5000 sesteracios por plaza. Hay, sin embargo, que estarle agradecidos, viendo cómo su adversario abusaba ya del poder.



Templo de Vesta (restaurado por Coussin).

«La nueva fortuna de Vitelio, dice Tácito, no le servía sino para consumir de antemano las rentas del imperio en infames liviandades y en festines escandalosos. Desde el medio día estaba ya ebrio y ahito.» Sobre esto, un orgullo ridículo que le hacía desdeñar el nombre de César y aceptar apenas el de Augusto, prefiriendo llamarse Germánico. Eran, en efecto, los bárbaros, germanos ó galos, los soldados que conducía al saco de Roma: Cecina su general, vestía el traje de ellos, como un bárbaro más, y recibía á las diputaciones de los senados de Italia con el abigarrado sayo del querusco ó con las amplias bragas del bátavo.

Sus tropas cometieron en la marcha horribles desafueros y desmanes: en Divodurum (Metz) pasaron á cuchillo á más de cuatro mil hombres, «lo que puso en la Galia tal espanto, que, á la aproximación del ejército, no había ciudad cuya población no saliera á recibirlo para implorar gracia. Las mujeres y los niños se prosternaban en los caminos, y nada de lo que puede desarmar á un fiero y brutal vencedor se omitía por aquellos pobres pueblos para obtener en plena paz que no se les tratara como en tiempo de guerra.

En Langres, ciudad amiga, hubo una sangrienta colisión entre los legionarios y ocho cohortes de auxiliares bátavos.

En territorio eduano, buscaron en balde un pretexto de guerra, pues los naturales, sobre el dinero y armas que les exigieron, suministraron también víveres gratis. Autun se había anticipado á todas las exigencias por temor; Lyon hizo lo mismo por celo; pero solicitó en premio de su amistad y buenos servicios la destrucción de la ciudad rival de los vieneses, la cual, después de haberse rescatado con una gratificación de 300 sesteracios á cada soldado, tuvo aún que entregar vituallas y todas sus armas, sin contar una gruesa cantidad entregada en secreto á Valente.

La Aquitania, la Narbonense y España se habían naturalmente pronunciado contra el asesino del emperador que habían elegido ellas: este primer ejército ganó pues pacíficamente los Alpes, y el otro avanzaba por el país de los helvecios, que ignorando la muerte de Galba, se negaban á reconocer á Vitelio. Habían nombrado un general y reunido tropas; pero sus reclutas no podían hacer frente á los aguerridos legionarios. Cecina los envolvió haciendo que las milicias de la Recia los atacaran por retaguardia, mientras él los acometía de frente. Batidos por todas partes y perseguidos en sus bosques y montañas por los retos, tracios y germanos, tuvieron que rendirse á discreción por salvar su capital, Aventicum (Avenches).

Esta sumisión abrió á Cecina las avenidas de los Alpes; pero las montañas, defendidas ya por los hielos del invierno, acaso lo estaban también por los otonianos. La deserción de un cuerpo de caballería acantonado en las márgenes del Po y encargado de observar los pasos, franqueó la entrada de Italia.

Seguro ya Cecina de que ningún enemigo atajaría su paso, ni aun al descenso, precipitó su marcha triunfal, por decirlo así. Otón, por su parte, bien que diciendo que Nerón se había perdido por su lentitud, se dejaba sorprender por los acontecimientos: así pues recibía la guerra en vez de llevarla en medio de sus adversarios. Y es que había tenido que hacer los mayores esfuerzos para despertar en Roma alguna energía guerrera. Desde el fin del triunvirato, no había visto Italia más combates; y el senado, los magnates, los caballeros, todos se espantaban á la idea de abandonar sus fastuosas villas y su cómoda molicie para entrar en la ruda y peligrosa vida de los campamentos. Sentados hacía medio siglo en el festín de Dámocles, se habían habituado á ver la espada suspendida sobre sus cabezas, y la miraban sin temor, con tal de que el festín estuviera bien servido, que nada extraño viniera á turbar su cobarde existencia.

Pero he aquí que era ya preciso correr á las armas, exponerse á las fatigas y á las heridas como hombres libres y morir por Roma como en tiempo de la república. Esto era demasiado. Hízose hablar á los augures; pero Otón no quería oír nada, y partió, después de haber recomendado la república al senado y hablado extensamente en el Foro de la majestad del pueblo romano, en cuyo nombre iba á combatir (24 marzo 69). Llevó consigo á los pretorianos, á las cohortes urbanas, á los destacamentos de las legiones que se hallaban entonces en la ciudad, á los voluntarios y á dos mil gladiadores que armó de soldados.

Otón marchó sin fausto, siempre á pie y á la cabeza del ejército, defendido con una coraza de hierro; pero antes bien era guiado, que no guiaba él. La indisciplina reinaba positivamente en este ejército, afecto y todo como era al jefe que había elegido y que se mostraba digno de esta afección; pero después de tantos vaivenes y catástrofes, la sospecha se deslizaba por todas partes, el soldado dudaba de sus oficiales y llamaba traición á lo que no era sino prudencia. «La obediencia y la disciplina, dice Tácito, eran las únicas virtudes que faltaban á este partido, que no carecía de bravura.»

Mientras Otón dirigía hacia el Po la masa de las fuerzas que había podido reunir en Roma, y venían á incorporarse siete legiones, las de Dalmacia, Panonia y Mesia, hizo rumbo su flota á las costas de la Narbonense con la esperanza de detener allí á Valente. Y le dió, en efecto, un combate afortunado que hizo inútil la falta de un jefe hábil y respetado, pues los otonianos tenían preso á su propio general. Debilitado Valente sólo de algunas cohortes, que tuvieron la flota en amago, pasó sin más inconveniente los Alpes.

Cecina tenía necesidad de este refuerzo. Un ataque precipitado sobre Plasencia, había fracasado, y Suetonio Paulino, el mejor general de aquel tiempo desde la muerte de Corbulón, había pasado el Po en busca de los vitelianos, batiéndolos en el campo de los Castores á doce millas de Cremona.

Pero los soldados acusaron á Suetonio de no haber querido acabar la victoria y pidieron á voz en grito otro combate. En vano quiso el viejo y experto caudillo hacerles entender que desde la reunión de Valente y Cecina, no teniendo ya los vitelianos más socorros que esperar, era

conveniente en alto grado llevar la guerra con lentitud; que así se les reduciría por hambre y se daría tiempo á que entraran en línea las tropas de la Mesia y sobre todo la terrible legión 14.^a que sola había hecho frente á los bretones sublevados y batido en otro tiempo ochenta mil insulares: Otón que tenía prisa de acabar, dió orden de empeñar la acción. A esta primera falta añadió otra, no menos grave, la de relevar del mando á Suetonio y ceder á las frívolas representaciones de sus amigos, que lo tuvieron alejado del campo de batalla.

Sorprendidos los otonianos durante una marcha en una estrecha calzada, fueron derrotados (14 abril), y los que pudieron librarse, volvieron en desorden al campamento de Bedriacum, cuyas puertas abrieron el día siguiente á los vitelianos.

Otón estaba en Brixellum (1), adonde se presentó un soldado á darle la noticia de la derrota. Los que rodeaban al príncipe se negaban á creerlo. «Este mensajero, dijeron, es sin duda un cobarde que ha huido del campo de batalla.» El soldado no contestó á este ultraje; pero vuelve su espada contra su pecho y cae muerto á los pies de Otón.

Esta muerte lo impresionó profundamente. «No, exclamó, no expondré más la vida de semejantes defensores.» En vano le hacen ver sus amigos las fuerzas que le quedaban todavía: la mitad del ejército que no ha combatido; los vencidos de Bedriacum, que quieren volver por su honor y vengar su afrenta; las legiones de la Mesia que están ya en Aquilea; en vano también los soldados le juran levantar su fortuna, tendiéndole las manos los más distantes, abrazándole las rodillas los más próximos. Otón rechaza todos aquellos proyectos de guerra civil. «Basta una batalla, dice: no quiero más estragos.» Y hace sus últimos preparativos con calma y sin ostentación. Habla á todos bondadosamente, según su edad y su clase; ordena á los más jóvenes y exhorta á los más viejos que se sustraigan al enojo del vencedor, y con frente serena, con voz firme, les reprocha un dolor y unas lágrimas inútiles. Tuvo buen cuidado de que á los que partían no les faltaran barcos ó carros; quemó todas sus cartas y distribuyó entre sus esclavos todo el dinero que tenía. Disponíase así para el último sacrificio, cuando oyó un tumulto y echó de ver que se detenía como desertores, á los que con su autorización y venia se alejaban del campamento. «Añadamos, dijo, una noche más á mi vida.» Y prohibió que se hiciera violencia á nadie y abrió su tienda á todos los que quisieron hablarle.

Habiéndose, en fin, quedado solo, pidió agua helada y dos puñales, cuya punta requirió cuidadosamente. Después, habiéndose cerciorado de la partida de sus amigos, se acostó y durmió tranquilamente.

Al romper el día se despertó, y tomando uno de los puñales se lo hundió por debajo de la tetilla izquierda. Acudieron en su auxilio á los primeros gemidos, últimos también de su vida, pues estaba en la agonía y acabó muy pronto. Apenas tenía treinta y ocho años.

Como él mismo había prevenido, se le hicieron los funerales sin perder tiempo. Los pretorianos llevaron su cuerpo con religioso respeto, cubriendo de lágrimas y besos sus manos y su herida. Algunos se dieron muerte sobre su misma pira, y en Bedriacum y en Plasencia y en los demás campamentos hubo también muchas muertes semejantes (2).

(1) Bressello, en la orilla derecha del Po, á once leguas de Cremona. La situación de Bedriacum es incierta; acaso cerca de Ustiano, al Oeste de Canneto, á la orilla izquierda del Oglio.

(2) Tácito, *Histor.* II, 46-51, y Suetonio, *Otho*, 10 y 11. El padre de Suetonio, Suetonio Lenis (?), estaba entonces con Otón con carac-

Este afecto de los soldados á su jefe y este generoso fin de un príncipe, que no quiere prolongar la guerra civil para evitar estragos, levantan tanto aquellos deplorables y maldecidos tiempos. Creeríase un reflejo de la antigua virtud que se desliza y brilla entre las vergonzosas orgías de Vitelio y de Nerón para impedir que se desesperara aún del valor y de la abnegación, á la manera que Trasea y

Helvidio impidieron que se desesperara de la virtud (16 abril 69).

III.—VITELIO.

Verginio estaba en el campamento de Brixellum, y los soldados le ofrecieron el imperio; pero él lo rehusó otra vez



Otón (Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, núm. 19).

y se escapó cuando ellos forzaban su casa. Rubrio Galo fué á llevar, en fin, á Cecina la sumisión de aquellos vencidos tan bravos que sólo cedían por falta de un caudillo que los guiara á la batalla. La alta Italia vió entonces renovarse todos los horrores de las antiguas guerras civiles. El soldado pillaba y los auxiliares germanos, bátavos y galos saciaban á la vez su codicia y sus antiguos rencores. Los jefes, esclavos de sus tropas, no se atrevían á impedir ningún desmán, y se temía á los vencedores y á los vencidos. A cada paso surgían contiendas y riñas que degeneraban en tumultos y sediciones. En Turín las ocho cohortes bátavas estuvieron para venir á las manos con su legión y los pretorianos: la

ter de tribuno de la 13.^a legión. Plutarco vió el sepulcro del príncipe: era sencillo y por todo epítapho tenía: OTÓN.

ciudad lo pagó al fin, viniendo á ser pasto de las llamas. En Pavia, dos cohortes galas fueron exterminadas por sus propios legionarios, y apenas amansado el tumulto, cuando hubo de volver atrás la 14.^a legión á fin de intentar una sorpresa en el campamento de Vitelio. Diéronse buena prisa en alejar aquel cuerpo, que oscilaba siempre entre la sedición y la desobediencia. Se licenció á los pretorianos; se envió á la Panonia la 7.^a Gemina, á España la 1.^a Adjutrix y á sus cuarteles de invierno el resto de los otonianos, corroidos de despecho por su derrota, por el suplicio de sus bravos centuriones y por la despectiva é insultante jactancia de sus rivales: eran pues auxiliares predispuestos para un nuevo pretendiente.

La horrible confusión en que se agitaba Italia había conducido á las provincias que reconocían á Vitelio. En Africa

el procurador de las dos Mauritania había tomado las insignias reales y el nombre de Juba, que recordaba á los moros su antigua independencia. Había perecido en la demanda, pero Cluvio Rufo, que administraba todas las Españas, era acusado de haber querido hacer de aquel importante gobierno su parte de ganancia en aquella perdición del imperio. En Bretaña, los soldados habían despedido á su jefe, y los galos se habían conmovido en una explosión de sentimientos religiosos y patrióticos, que vivían siempre en el corazón de las poblaciones rurales. Un campesino boyo se hacía pasar por dios y se llamaba el libertador de los galos. Una multitud fanática lo seguía, en número de ocho mil hombres, y el movimiento se extendía rápidamente por el territorio eduano.

Los nobles de aquel país que podían llegar al senado y á los honores en Roma, se espantaron de este levantamiento popular, y con ayuda de algunas cohortes vitelianas, dispersaron el gentío y prendieron al jefe, que arrojaron á las fieras. Pero ahitas las fieras no quisieron devorarlo. «Es invulnerable!» gritó el pueblo. Y hubo que matarlo á hierro.

Más cerca aún de Roma, en la Istria, un esclavo fugitivo se daba por un noble romano, obligado por la crueldad de Nerón á buscar asilo en aquel lejano país, y el populacho y la soldadesca se aglomeraban á su alrededor y lo seguían, cuando se descubrió la impostura.

Todo el Oriente, en fin, estaba turbado por la grande insurrección de los judíos, á la cual podían dar de pronto formidables proporciones la vecindad de los partos y los extraños rumores divulgados por aquellas provincias.

Sabido es que Vitelio no era el hombre capaz de contener aquella disolución prematura. Apenas había pasado las fronteras de la Bélgica, cuando supo la victoria de Bedriacum. Desde aquel momento sólo atravesaba las ciudades en carro triunfal y bajaba el Saona en barcos cargados con todo el aparato de los más espléndidos festines. Ninguna disciplina en la gente de servicio; menos aún en los soldados: el mismo emperador se reía de sus robos y violencias.

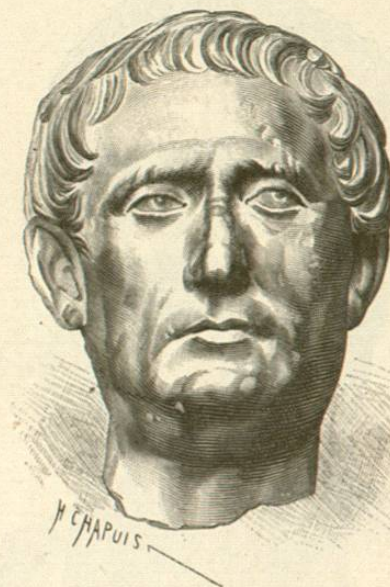
Al llegar á la llanura de Bedriacum, cuarenta días después de la batalla (25 mayo) y viendo que algunos se horrorizaban de los cadáveres ya hediondos, dijo estas palabras que se han repetido en otros lugares y en tiempos no menos calamitosos: «El cadáver de un enemigo huele siempre bien.» Y continuó su marcha hacia Roma á cortas y lentas jornadas, arruinando á su paso las ciudades y los campos, como quiera que arrastraba tras sí menos un ejército que una horda, tan numerosa como indisciplinada y revuelta: sesenta mil soldados, cuya mitad era de auxiliares, mayor número de esclavos de servicio, é histriones y juglares y atletas y carreteros, entre los cuales pasaba los momentos que no consagraba á la orgía y á su pesado sueño.

«En todo el campamento, lo mismo que en el pretorio, dice Tácito, no se veía otra cosa que bacanales mezcladas con asesinatos y clamores.»

A siete millas de Roma, aquellos bárbaros soldados acometieron al inofensivo pueblo, que había salido á recibirlos; y en la ciudad misma, donde su extraño traje, sus largas picas, las pieles de animales con que se cubrían era objeto de curiosidad y de espanto, mataban por una palabra y aun por una mirada.

¿Qué importaban á Vitelio estos desmanes? Los ejércitos de Oriente le habían enviado su juramento de fidelidad y por esta parte no tenía ya inquietud ninguna; ni por lo demás tampoco. Vivía en el circo y en la mesa: para él, reinar no era sino gozar y divertirse. Aquellos tiranos de Roma que se parecen por su facilidad en matar, se distinguen por un vicio dominante: el vicio de Vitelio era innoble, una in-

saciable glotonería. «En el mismo día, dice su biógrafo, se convidaba á comer en casa de varias personas á horas diferentes y ninguno de sus festines costaba menos de 400,000 sestercios. Podía asistir á todas estas comidas y devorar en todas las mesas por el hábito y facilidad de vomitar. El día de su entrada en Roma, le dió su hermano una cena, en que se sirvieron dos mil peces de los más exquisitos y siete mil aves. Pero Vitelio superó estas profusiones con un plato de enorme tamaño que llamaba el escudo de Minerva Protectora (1). En él se habían mezclado hígados de platija, sesos de faisán y de pavo real, lenguas de fenicópteros, lechecillas de lamprea y otras mil cosas raras y dispendiosas que algunos trirremes habían ido á buscar desde el Ponto Euxino hasta el estrecho de Hércules. Su glotonería no podía



El padre de Trajano (M. Ulpio Trajano) (2)

contenerse ni aun en los sacrificios y se comía en el mismo altar la carne y las tortas que cocía el sacerdote.»

En pocos meses, añade Tácito, se engulló 900 millones de sestercios. Pero legó su nombre á ciertos manjares, que todavía en tiempo de Dion se llamaban vitelianos.

En cuanto al gobierno, esto era cosa de Cecina y Valente, hacía ya tiempo rivales, ahora enemigos, y uno de ellos ya traidor. Vitelio les había subido al consulado para los meses de setiembre y octubre del 69, año consular por excelencia, pues contó quince cónsules. Hecho este nombramiento y encargados sus dos generales de los negocios civiles, le pareció que había llenado sus funciones imperiales y que no había más que entregarse á sus hábitos y aficiones. Aquel hombre gordinflón tenía el temperamento flojo y fácil de esos hombres que gráficamente llamamos bonachones, lo cual no obsta que sean viciosos y á veces hasta criminales. En su marcha á Roma había salvado de la cólera brutal de sus soldados más víctimas que les había abandonado: después de la victoria perdonó al hermano de Otón y á Suetonio Paulino que había batido sus fuerzas en la jornada del campo de los Castores; y más adelante, en el momento más crítico, teniendo en su poder á un hermano, á un hijo y á un sobrino de Vespasiano, respetará igualmente su vida.

(1) Esta fuente era de plata y se conservó hasta Adriano que la fundió (Dion LXV, 3).

(2) Busto de bronce, hallado en Servia y existente en el museo de Belgrado.